

El pasado mes de noviembre tuvo lugar el XV Encuentro Internacional de Historia de la Educación en Pachuca, Hidalgo, con el tema "Movimientos, desigualdades y reformas educativas en el tiempo". No es poca cosa llegar al decimoquinto encuentro en México, treinta y un años después de que tuviera lugar el primero en la ciudad de Jalapa, Veracruz (1987); tampoco es poca cosa que la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación (Somehide) haya cumplido dieciséis años de existencia, que el Consejo Mexicano de Investigación Educativa haya editado tres estados del conocimiento del campo de la historia de la educación, correspondientes a tres décadas de investigación, y que esta *Revista Mexicana de Historia de la Educación* haya llegado ya a doce números publicados ininterrumpidamente. Más allá de que la historia de la educación se practica desde mucho antes de la década de los ochenta, estos años de encuentros, de conformación de una asociación civil y del aumento en el número de publicaciones especializadas hablan del proceso de profesionalización de una manera de hacer historia de la educación y de la consolidación de un gremio.

Ciertamente, el gremio de historiadores de la educación sigue siendo pequeño (la Somehide apenas rebasa los ochenta socios) y la revista sigue siendo difícil de alimentar (cinco artículos de investigación al semestre son muy pocos, según los criterios de la mayoría de los índices de revistas especializadas), pero los encuentros de historia de la educación son cada vez más estimulantes, atraen a un gran público, tanto de maestros como de investigadores, y en ellos se difunden numerosas investigaciones regionales, que son las que permiten el avance y la reflexividad de la disciplina. En esta ocasión, los temas que orientaron el encuentro fueron las reformas educativas y los movimientos estudiantiles, en perspectiva histórica. Era imposible aislarse del cincuentenario de 1968, como impensable era también excluir la reflexión histórica de las reformas educativas pasadas y futuras frente al cambio de gobierno federal; las excelentes mesas especiales y conferencias magistrales, así como los numerosos

paneles individuales dieron fe de lo importante que es la mirada histórica y regionalizada para la discusión del presente.

Aunque la *Somehide* es “mexicana”, porque reúne a investigadores que trabajan en este país, tanto la revista como los encuentros tienen, necesariamente, carácter internacional. No es posible sostener un gremio tan (relativamente) pequeño encerrado en sus fronteras nacionales, y una revista tampoco puede mantenerse ajena a temas y a estándares de publicación internacionales. Pero tal pareciera que en este momento estamos ante una coyuntura de “repliegue” hacia lo nacional en algunos ámbitos. Más allá del sonado retorno a ciertas políticas nacionalistas en los otrora centros promotores del liberalismo económico (Gran Bretaña, Estados Unidos), el repliegue nacionalista es, en nuestro caso, un síntoma del deterioro económico de las instituciones académicas de otros países.

En esta ocasión, el encuentro de historia de la educación tuvo menos participantes internacionales que en otros encuentros, pues muchos ponentes del sur del continente no pudieron asistir ante la crisis económica, política y académica que enfrentan. Igualmente, nuestra revista ha recibido menos contribuciones externas en los últimos tiempos, debido, en parte, a que es una publicación que aún no está registrada en los principales índices internacionales que se exigen a los académicos de otros países. Pese a sus estándares rigurosos de dic-taminación, originalidad y acceso abierto, esta joven revista no está aún indizada, porque para ello necesita elevar el número de artículos que publica en cada número, y para atraer dichos artículos necesita —paradójicamente— estar indizada.

En todo caso, la apuesta de los historiadores de la educación es seguir trabajando por consolidar las organizaciones y publicaciones que articulan y sostienen nuestra práctica. Así, en este número de la *Revista Mexicana de Historia de la Educación* participan tanto historiadores establecidos, como investigadores jóvenes, cuyos trabajos dan cuenta justamente de la riqueza, diversidad y profesionalización del campo. Los tres primeros trabajos tienen una connotación regional fuerte. Primero, Rosalina Ríos Zúñiga se refiere a la instrucción pública en Chiapas, en los años de la independencia, centrando la mirada en la vida y obra de fray Matías de Córdova (1766–1822). Ríos muestra la profunda interconexión entre las propuestas y realizaciones educativas de Córdova en todos niveles con la historia política de esta intendencia, su separación de la Capitanía de Guatemala y su anexión a México, recordándonos así la multiplicidad de relaciones diversas que hay entre educación y política (y política eclesiástica, además, en este caso).

Enseguida, el artículo de María de Lourdes Solares Ramos constituye una historia de la transferencia de la gestión de las escuelas de Tlaxcala de las autoridades municipales a las autoridades estatales en las últimas décadas del siglo XIX. Su trabajo cuestiona la concepción, sostenida por reformistas porfirianos y posrevolucionarios —y repetida por incontables historiadores hasta nuestros días—, de que los municipios simplemente eran pobres para —o

que no estaban interesados en— sostener sus escuelas primarias, y que ello justificaba la centralización de esa gestión; en cambio, presenta una historia detallada de cuáles fueron las circunstancias que llevaron a las autoridades municipales a perder dinero y control sobre las escuelas que habían sostenido durante varias décadas.

Por otra parte, el trabajo de Alejandro Arturo Jiménez Martínez, también de corte regional, es un cuidadoso análisis de los estudiantes organizados como sujeto político en la huelga de 1936, en el Instituto Autónomo de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca. Su trabajo constituye un recordatorio de la larga historia de movilizaciones estudiantiles que han atravesado la educación superior en México durante los siglos xx y xxi.

Los dos últimos trabajos ofrecen perspectivas historiográficas diferentes. El artículo de Valentina Torres Septién revisa la historia de larga duración de la Unión Nacional de Padres de Familia (UNPF), un actor fundamental en la lucha de la Iglesia católica por preservar un espacio en el aparato educativo (privado y público) que se construyó sobre las bases de un Estado liberal laico. La historia de la lucha de la UNPF por la libertad de enseñanza (entendida como la libertad de enseñar religión en las escuelas) y la transformación de sus objetivos, tras las reformas constitucionales de 1992–1993, sugiere que los significados de la laicidad educativa no han dejado de estar en disputa constante en todo este periodo.

Por último, en el artículo de Sandra Valenzuela Arellano confluyen perspectivas de la historia del arte y la historia de la educación, en su análisis de la influencia de la Bauhaus en la pedagogía visual de Matthias Goeritz. Su trabajo reconstruye finamente el tejido internacional en que ha estado inmersa la enseñanza de la arquitectura en México a lo largo del siglo xx, donde la construcción de los movimientos artísticos nacionalistas sólo puede entenderse en el diálogo que establecieron con movimientos de otras partes del mundo.

Finalmente, este número de la revista se enriquece con dos reseñas. La de Anne Staples al libro coordinado por Rosalina Ríos Zúñiga y Juan Leyva (coords.), *Voz popular, saberes no oficiales: humor, protesta, disidencia y organización desde la escuela, la calle y los márgenes (México, siglo xix)* (2015), se refiere al ancho ámbito de lo educativo, más allá de la escuela. La otra reseña, de historia regional, es la elaborada por Salvador Camacho Sandoval al libro de María Candelaria Valdés Silva, titulada *Ateneo Fuente: la forja de un patrimonio escolar* (2016).

Eugenia Roldán Vera

Ciudad de México, 2 de diciembre de 2018